

La armonía de las esferas

Pablo Espinosa

La llegada a México del libro *Armonía de las esferas*, edición de Joscelyn Godwin para el sello Atalanta, ilumina, enriquece, aumenta la fascinación por uno de los temas clásicos del conocimiento y la belleza que son sinónimos: la música de los ángeles, que resulta semejante a decir la música de los planetas, equivalente a formular la música de las esferas, equidistante como nombrar la música del alma, del alma humana y del alma del planeta y del alma del cosmos.

Es uno de esos temas cuya aceptación generalizada pone por delante su nobleza. Es un tema por igual científico que poético, lo mismo técnico que metafísico, tan filosófico como matemático.

Hay sin embargo un matiz que pareciera imperceptible para los abiertos de entendederas pero gigantesco para los guardianes del rigor científico. Consiste en su naturaleza metafísica, que por igual puede conectar a lo esotérico que de plano imbuirse de la magia del conocimiento alternativo, territorios nómadas, temerarios, aventurados, conocidos por unos cuantos a pesar de una historia de milenios con el tema.

La maravilla de este hermoso libro de seiscientos diecinueve páginas, pasta dura, ilustraciones deslumbrantes, tipografía, formación, edición integral de excelencia, consiste también en que la experta Joscelyn Godwin reúne textos de vario linaje y el conjunto resulta algo mejor que una antología.

Se trata de un recorrido cronológico en la historia del pensamiento, un simposium magno, una mesa redonda tan noble como la del rey Arturo (entre los autores antologados se antoja reconocer, con otro nombre, al mismísimo Merlín, y por supuesto a Parsifal, Lancelot, *et al.*), un



Portada de *Mutus Liber*, La Rochelle, 1677. Dos ángeles con trompetas llaman al Jacobo durmiente para que vea la escalera que se extiende desde la Tierra hasta el Cielo. La imagen sugiere también las trompetas del Apocalipsis y el viaje espiritual del alquimista. Ilustración contenida en el libro *Armonía de las esferas*.

ascenso al Vesubio, un alcanzar el Vellocino de Oro, libar el Santo Grial.

Comprobémoslo: “Todo amante de la música sabe intuitivamente que ésta encarna una cierta verdad, pero pocos llegan hasta el punto de obedecer a esta intuición y buscar la verdad por el camino de la música. Casi todo el mundo acepta que la verdad corresponde a la ciencia, la religión o la filosofía, mientras que las artes, por vitales que sean para una vida humana en plenitud, son sin embargo asuntos de opinión y de gusto. Nuestros autores, por el contrario, aceptarían literalmente la afirmación atribuida a Beethoven: “La música es una revelación más elevada que cualquier sabiduría o filosofía. En consecuencia, penetrar en los misterios de la música es prepararse para la iniciación en los misterios del hombre y del cosmos”.

Párrafos como el anterior hacen dar de brincos no solamente a un melómano, sino a todo aquél que ha abrigado certezas y convicciones durante años hasta que llega alguien, en este caso una multitud de sabios reunidos en este libro, y ponen en palabras alguna de esas certezas y convicciones.

Se cumple nuevamente el acerto de André Malraux: “el arte consiste en darle a los demás lo que ignoran que ya tienen”.

Y, efectivamente, muy pocas personas escuchan música como una forma de conocimiento, como una revelación de la verdad, como una manera de entablar contacto con lo divino. Pocos se atreven a buscar la verdad por el camino de la música. A pesar de ser el arte supremo (las palabras tienen límites, un texto por mucha intensidad que lo soporte no la sostiene durante más de tres páginas, tiene centelleos, mientras que una partitura de Arvo Part logra en el escucha un estado de trance iniciático, de éxtasis permanente, y expresa lo inexpresable, da vida a lo infante), la música suele tomarse como un buen vino o considerarse como un adorno o utilizarse inclusive como una falsa tarjeta de presentación (“mucho gusto, soy melómano ¿y a usted, qué lo distingue?”). Por eso la gente tose en los conciertos y lo más importante de una sesión de música es el vestido de la solista o el sombrero de alguna concurrente, para la mayoría un concierto de música sinfónica es la larga espera para el postre, el final de una cena en un restaurante de postín.

Impostación, postín, tarjeta postal. Esa visión generalizada de la música contrasta entonces con las certificaciones, las comprobaciones, el atizar el fuego de la pasión no sólo por la música sino por el

conocimiento que despiertan, generan, atizan, alimentan este hermoso libro, *Armonía de las esferas*.

El subtítulo es también fantástico: “Un libro de consulta sobre la tradición pitagórica en la música”.

Un total de cuarenta y ocho capítulos de una pléyade de autores cuyo número no coincide con el de los capítulos porque alguno de esos apartados reúne a un grupo de sabios o bien pensadores agrupados en corrientes filosóficas, asociaciones o tradiciones. La lista individual inicia en Platón y culmina en Rudolf Hasse y comprende a Plinio el Viejo, Ptolomeo, Macrobio, Boccaccio, Pico della Mirandola, Johannes Kepler, Isaac Newton, Peter Singer, Isaac Rice y Marius Schneider.

Armonía (o música) de las esferas, explica Joscelyn Godwin, es una expresión bastante común en poesía, literatura e incluso en música popular. De su significado real, o mejor dicho de encontrar su verdadero significado trata este libro, en la medida —advierte— en que eso sea posible a través de la palabra impresa.

La piedra de toque del libro es el célebre pasaje del *Timeo*, de Platón, que describe cómo el Demiurgo forjó el Alma del Mundo dividiendo la substancia primordial en intervalos armónicos.

Casi la totalidad de los autores reunidos en *Armonía de las esferas* vuelve a esta idea una y otra vez, aportándole contenido acorde al estilo de su época respectiva.

Muchos de estos autores son muy poco conocidos, los une a los conocidos la hilación del tema platónico, la del alma del mundo. “Cuando lo abordan Tolomeo o Newton, sus ideas no son menos excéntricas, para los criterios de la ciencia moderna, que las de los Hermanos de la Pureza, aquel enclave hermético del



El dios Pan, ilustración de un manuscrito del siglo XV, Florencia. Pan aparece como divinidad lunar y selvática tocando la cornamusa, que sustituyó en el Renacimiento al clásico aulos o doble caramillo. Ilustración incluida en el libro *Armonía de las esferas*.

Iraq del siglo X, o las del extraño personaje del *fin de siècle* francés que se hacía llamar Azbel”.

Todos estos autores comparten la intuición fundamental que Platón heredó de la escuela pitagórica: hay algo musical en el cosmos y algo cósmico en la música.

La existencia de un vínculo entre música y cosmos presupone una intuición aún más básica, mejor conocida a través de su formulación en *La tabla de esmeralda* de Hermes Trismegisto: “Lo que está abajo es como lo que está arriba; y lo que está arriba es como lo que está abajo, para realizar los milagros de lo único”.

Argumenta la ideadora de este libro: se trata de la doctrina de las correspondencias, según la cual cada nivel del ser refleja en su estructura y simbolismo los niveles que están por encima y por debajo de él. “En particular, nuestra armonía musical refleja la armonía cósmica. Algunos afirman haber escuchado esta última, aunque sólo cuando el mundo material ha quedado

atrás, en la visión, el sueño o el trance iniciático”.

La autora aporta varias confirmaciones de estas experiencias iniciáticas, de trance o revelaciones en sueño, por ejemplo las que documentaron en su momento Platón (el “mito de Er” en el libro diez de *La República*), Cicerón (“El sueño de Escipión”, en *De República*) y Plutarco (la “visión de Timarco” en *Sobre el demon de Sócrates*).

Son casos extremos, por supuesto, porque la belleza, la epifanía, el furor de la armonía de las esferas está en realidad al alcance de todo ser humano, a través de las facultades del intelecto, la imaginación y la intuición. Facultades que, no deja de ser obvio mencionarlo dado que la música pasa para muchos como un adorno (pero no para Theodor W. Adorno), se cultivan, desarrollan, agudizan, con la música, lo mismo produciendo música a través de un instrumento o del canto, que con la simple escucha, simple pero decidida, honesta, abierta. Inteligencia, imaginación, intuición, bendita tríada musical, musicalísima.

“Hacerlo —contribuye Joscelyn Godwin— expande la mente más allá de la cosmovisión común en que está atrapada la mayor parte de la modernidad: una cosmovisión que refleja las aspiraciones y los miedos de la humanidad en una época en que claramente se agota un ciclo del mundo y otro nuevo está todavía por nacer. Donde en un tiempo se abrían las puertas de los cielos, se encuentran ahora los agujeros negros, dispuestos a tragarlo todo en el olvido.

“Ésa es la visión que muchos tienen de la muerte: la entrada a la extinción permanente de la conciencia. Donde antaño los ángeles de los planetas conducían sus carros astrales, ahora unas fuerzas sin sentido impulsan a estrellas y planetas hacia su sino inexorable (...) La

En *Armonía de las esferas* los autores comparten la intuición fundamental que Platón heredó de la escuela pitagórica: hay algo musical en el cosmos y algo cósmico en la música.

armonía de las esferas nos invita a participar de la revolución cosmológica, y a llevar a cabo una revisión completa de la manera en que se ha enseñado a las personas cultas a considerar su entorno cósmico. No nos exige que volvamos a las creencias de la Antigüedad o a las supersticiones de la Edad Media, sino que entremos en empatía con las mentes más elevadas de cada época, y tratemos de reformular sus intuiciones de manera acorde con nuestro tiempo”.

Penetrar en los misterios de la música, de acuerdo con la lógica de la autora, no excluye el esfuerzo intelectual, ni tampoco el rigor matemático. Después de todo, el vínculo entre las esferas y los tonos es el número, que es tal vez lo que más nos acerca al fundamento de todo ser.

“Pitágoras fue el primero, al menos en Occidente, en reconocer que esas armonías son números que se han tornado audibles. Los astrónomos antiguos ya habían reconocido que los movimientos de las estrellas y los planetas podían ser calculados, es decir, reducidos a números.

“Combinar los dos criterios era la con-

clusión más natural, y ocupó a muchos de nuestros autores, que trataron de especificar los números que vinculan al macrocosmos con el sistema musical. Trataron especialmente de expresar la disposición, distancias, órbitas y periodos de los siete planetas caldeos (o visibles) por analogía con las escalas musicales. La revolución cosmológica que siguió a Copérnico y Galileo necesitaba una revisión de esa analogía, como percibimos en los esfuerzos de Kepler y Azbel por preservar la armonía cósmica cuando las esferas se reorganizaron en el sistema heliocéntrico. Para Newton y Albert von Thimus, por otra parte, la doctrina pitagórica encubría el hecho de que el heliocentrismo se había conocido siempre, de manera que la teoría de la armonía cósmica, lejos de ser un mito pintoresco, era realmente la clave de una cosmología científicamente más precisa”.

Los autores aquí reunidos se ocupan también de las armonías en la Tierra: en las cuatro estaciones y los cuatro elementos (Jacques de Liege), en el cuerpo humano (Fludd), en sus cuatro temperamentos

(Censorino) y en sus pasiones (Toussenet). “Así considerado, el ser humano es mediador entre los mundos mayores de las estrellas, los ángeles, etcétera, y el mundo más pequeño de la música real. Aquí radica la explicación del poder de la música sobre el alma y el cuerpo humanos: la música nos conmueve porque, como el cosmos, estamos hechos musicalmente”.

Una a una, las páginas de este libro acumulan en el lector una mezcla muy intensa de fascinación, curiosidad, asombro, maravilla.

Responde preguntas pero sobre todo plantea interrogantes. A lo conocido agrega nuevas dudas, expande el conocimiento. Cosas conocidas como la musicoterapia, la fisiología, los principios de la física y las matemáticas, entran en expansión.

¿Por qué la música nos cambia? ¿En qué radica su magia? ¿Cuáles son los cimientos de ese edificio invisible que nos aloja? ¿Cómo se

Joscelyn Godwin, *Armonía de las esferas*, Atalanta, Madrid, 2009, 619 pp.



Música de Mendelssohn, obra de Annie Besant y C. W. Leadbeater, Londres, 1909. Imágenes de lo que un supuesto clarividente ve cuando se interpreta la música de un órgano de iglesia, en este caso las *Canciones sin palabras* de Mendelssohn. Ilustración incluida en el libro *Armonía de las esferas*.



Goethe Denkmal, obra de Carl Gustav Caus, 1832, diseño para el monumento a Goethe, recuerda al Arca de la Alianza pero, en lugar de la presencia de Dios, el arpa del poeta ocupa el lugar de honor.